

LA TORMENTA (Cuento)

Alfredo F. Alameda

Veníamos de actos inconfesables cuando nos sorprendió una tormenta. Corrimos en busca de refugio mientras el cielo parecía venírse nos encima entre una traca de luces y truenos.

Caímos de culo sobre la hierba empapada, empujados por la cegadora luz de un rayo que cerca de nosotros abatió al viejo roble, precipitándose con gran estrépito sobre unas zarzamoras.

Una vez repuestos del susto nos acercamos al árbol, es decir, a los girones que aún permanecían en pie. Rafael se quedó atónito mirando sin pestañear el tronco durante algunos segundos. Deslizó la yema del índice a lo largo de la muesca que perfilaba el dibujo de medio corazón grabado en la corteza de aquel viejo y enorme roble; dentro, una letra, la erre que Rafael tallara a punta de navaja; la otra, la eme, había desaparecido, destruida por el rayo o enterrada entre las zarzamoras junto al otro medio corazón.

Volvió sus ojos a mí y sin salir de su ensimismamiento, con voz trémula, sentenció más que preguntar:

—¿Sabes lo que significa esto?

Un relámpago rasgó la noche y a su luz tomaron extraña trascendencia las palabras de Rafael, por cuya cara resbalaba abundante agua de lluvia.

Tiré con fuerza de él hasta arrastrarlo al abrigo de un saliente que una roca cercana ofrecía, y bajo la cual, en otro tiempo no muy lejano, el muchacho había hecho promesa de amor eterno.

Uno tras otro, hasta cinco relámpagos se sucedieron sin apenas pausa, iluminando fantasmagóricamente el bosque en sobrecogedora intermitencia. La negrura que siguió al fenómeno nos dejó ciegos. El corazón parecía habérsenos detenido. Fundidos en un abrazo, bajo el alero de la roca, poco a poco el suave repicar de la lluvia nos devolvió una brizna de realidad y el pasar de los segundos fue colocando el paisaje sobre aquella negrura que nos había sumido en el terror de la nada.

Sin tiempo de recobrar el ánimo que me permitiese convencer a Rafael de que el rayo que había destruido el roble no era una premonición maligna y vengadora de su concupiscente infidelidad, sin apenas tiempo, digo, se nos vino encima una traca de truenos de fragor creciente hasta un total de cinco, que parecía querer desmentir mi argumento. Tras el último suspiramos ambos dejando en el suspiro buena parte de la tensión que nos embargaba. Y así nos pilló el sexto. No me explico de dónde vino, ningún relámpago había prevenido su presencia, sin embargo allí estaba, cayendo sobre nosotros como un castigo divino, con un estruendo tan extraordinario que hasta la lluvia se detuvo por un instante. La tierra crujió bajo nuestros pies con un eco telúrico que lentamente se perdió en la distancia.

Se hizo el silencio.

El silencio se extendió por todos los rincones de la casa, con un último quejido lastimero, ay, Mariana cerró sus ojos y murió.

Aquello no podía ser verdad, no parecía posible porque hacía unas pocas horas Mariana rebosaba vida y alegría; porque Mariana era tan joven y tan bonita; porque a Mariana le quedaba una vida por vivir; porque era demasiado terrible y porque la muerte de cerca siempre parece mentira.

El rostro de Mariana era sereno en su céreo semblante e inspiraba paz a sus desconsolados padres. Nadie nunca supo explicar aquel suceso. Don Gedeón, el médico de la familia no encontró razón suficiente, pero lo cierto fue que aquella tarde tormentosa el corazón de Mariana había dejado de latir. Poco antes de retirarse a su habitación había dicho: “No me encuentro bien, creo que os voy a dejar”. Quién iba a pensar que... Aunque tal vez ella sí supo...

Tal y como había venido, la tormenta se fue. Las nubes se hicieron girones y desaparecieron dejando un cielo lleno de estrellas con una luna grande y amarilla besando el horizonte.

Rafael parecía abatido. Acurrucados contra la roca, hundía su rostro en mi pecho.

—¿Qué te sucede? —musité susurrándole al oído.

—¿Es que no lo entiendes? —ahora me miraba con ojos acuosos—¿Acaso no te dice nada el viejo roble derrumbado por el rayo; el corazón partido en pedazos...—No pudo seguir hablando, la congoja le que-

braba la voz entre sollozos irreprimibles. Volvió a refugiarse en mi pecho, de sobra sabía yo lo que le pasaba, buen trabajo me había costado atraerme a Rafael, arrancándole de las garras de Mariana y de su mojigatería que bien engatusado le tenía. Y ahora, la tormenta, y los escrúpulos que la superchería le provocaban, amenazaban con echar por tierra largos meses de trabajo y desintoxicación. A pesar de ello, conteste:

—No, no me dice nada, y tú deberías poner tu sentido común por encima de tus prejuicios, de tus supersticiones y miedos, y comprender que solo se trata de una inoportuna coincidencia.

Alcé su cabeza con mis manos estrechando su rostro. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas y se precipitaron al vacío. Estaba tan hermoso que no pude evitar aquel beso. El último, porque él me apartó con suavidad y huyó de mí en veloz carrera hacia el pueblo.

»Quedé llorando bajo aquella roca ante la que Rafael, en otro tiempo no muy lejano, había jurado amor eterno a Mariana.

—oo0oo—

EPÍLOGO

—¿Y qué más?

—Poco más, hija. De aquella tarde de amor quedé embarazada de ti. Rafael al conocer la extraña muerte de Mariana se marchó del pueblo y nunca más se ha vuelto a saber de él.

—¿Entonces no sabe que tiene una hija de doce años?

—No, ¿cómo había de saberlo?

—¿Le querías mucho, verdad?

—Sí, mucho.

—¿Me parezco a él?

—No, en nada.

—Mejor. Mañana quiero que me cuentes más cosas, mamá. Me encanta cómo lo haces.

—De acuerdo, pero ahora ve a la cama que ya es tarde y mañana es día de escuela.

La Elipa, Madrid. Junio 1967